

Fernández, Víctor Manuel

Benjamín, querido de Yavé (Dt 33,12), y la alianza con David (1 Sam 18,3) : una explicación sobre la preeminencia de Judá

Revista Bíblica Año 53, 1991

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Benjamín, querido de Yavé (Dt 33,12), y la alianza con David (1 Sam 18,3) : una explicación sobre la preeminencia de Judá* [en línea]. *Revista Bíblica*, 53 (1991)

http://www.revistabiblica.org.ar/articulos/rb53_213.pdf Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/benjamin-querido-yave-alianza-david.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

[213]

**BENJAMÍN, QUERIDO DE YAVÉ (Dt 33,12),
Y LA ALIANZA CON DAVID (1 Sam 18, 3):**
Una explicación sobre la preeminencia de Judá

Víctor M. Fernández

Benjamín es un caso especial entre las tribus de Israel. Nunca dejó de ser el “niño mimado” de su padre y de sus hermanos, objeto de una ternura especialísima que se transparenta en todas las narraciones que a él se refieren.

Es el niño más pequeño de Jacob y, para más, el que tuvo Raquel antes de morir (Gen 35, 18), el que Yavé le dejó como nostálgico recuerdo de la dulzura de aquélla a la que tanto amó. Se nos cuenta que los siete años que tuvo que trabajar para merecerla “le parecieron unos pocos días, de tanto que la amaba” (Gen 29,20). En la narración sobre José se refleja de un modo especial el cariño indecible de que era objeto Benjamín. Cuando Jacob se resiste a entregarlo a sus hermanos para que lo lleven a Egipto, llega a decir: “sólo me queda él” (Gen 42, 38); y pocos relatos de Escritura tienen una emotividad semejante a la del encuentro de José con Benjamín:

José volvió los ojos y vio a Benjamín, su hermano de madre, y preguntó: «¿Este es vuestro hermano menor?», y añadió: «Que Dios te cuide, hijo mío» Y tuvo que darse prisa, porque le daban ganas de llorar de emoción por su hermano; y entrando en su cuarto, lloró allí. Luego se lavó la cara y salió, y conteniéndose dijo: «Sirvan la comida»... Él fue tomando la ración de cada uno y sirviéndola, pero a Benjamín le dio una porción cinco veces mayor que a los demás (Gen 43,29-34).

En las bendiciones de Moisés se dice de la tribu de Benjamín algo que no se dice del resto de las tribus: “querido de Yavé” (Dt 33, 12).

La tribu de Benjamín, como todas las demás, se veía reflejada en su propio padre. Así, se atribuyen al pequeño de Jacob las habilidades para la guerra que caracterizan a la tribu de Benjamín:

Benjamín, lobo rapaz, de mañana devora a su presa y por la tarde reparte el despojo (Gen 49,27).

[214]

Capaces de lanzar una piedra con la honda contra un cabello sin errar el tiro (Jue 20, 16).

Esforzados guerreros, que manejaban el arco (1 Cro 8,40).

Sin embargo esta tribu tuvo siempre la conciencia de ser “la más pequeñita”. De ahí la respuesta de Saúl cuando se le anuncia que Yavé lo ha elegido como jefe de su pueblo:

¿No soy yo de Benjamín, la menor de las tribus de Israel? (1Sam 9, 21).

Saúl no necesita respuesta, ya que una de las constantes de la tradición bíblica es la predilección de Yavé por lo más pequeño. Así sucederá también con David (1 Sam 16, 11-12).

Benjamín fue siempre la tribu “mimada”, sobre la cual casi no hallamos reproches explícitos en toda la Biblia, salvo en el episodio de Guibeá (Jue 20, 12-13), donde, no obstante todo, se refleja la ternura y la preocupación de todas las tribus para con Benjamín (Jue 20, 12-13; 26-28; 21, 2-3.6) y en donde se termina buscando una solución para Benjamín sin que medie siquiera un acto de arrepentimiento (21, 13-24). Así Benjamín pudo saberse siempre sostenido por el amor de sus hermanos.

Fuera de este amargo episodio, jamás se dice algo de Benjamín, nombrándolo expresamente, que pueda sonar a defectuoso. Cuando se habla de los pecados de las tribus centrales, se nombra sólo a Efraím y Manasés, o sólo a Efraím, pero no a Benjamín:

Los hijos de Efraím... no guardaban la alianza hecha con Dios, rehusaban caminar según su ley (Sal 78, 9-10).

Desecho la tienda de José y no eligió a la tribu de Efraím... (Sal 78, 67-68).

Purificó a Judá y a Jerusalén. En las ciudades de Manasés, de Efraím y de Simeón, y hasta en Neftalí... (1 Cro 34, 5.7).

Tú te has prostituido Efraím, e Israel se ha contaminado... Israel y Efraím tropiezan por sus culpas y también Judá tropieza con ellos (Os 5, 3-5).

Cuando quiero sanar a Israel se descubre la culpa de Efraím y las maldades de Samaria (Os 7,1).

Y cuando se anuncia a Benjamín un peligro futuro es a modo de advertencia, no de amenaza:

Escapad, hijos d Benjamín, de dentro de Jerusalén (Jer 6, 1;también Os 5, 8-9).

En las promesas de bendición, en cambio, se nombra explícitamente a Benjamín (Jer 17,26; 32, 8, 44; 33, 13). En Jer 32,

[215] 8. 44, la compra de un campo en territorio de Benjamín es símbolo y comienzo de la restauración y de la nueva Alianza.

Pero Benjamín, siendo una tribu del norte, aparece siempre ligada a Judá, en variadas tradiciones bíblicas (Jos 21,4; Jue 1, 1-21; 1 Re 12, 21; 2 Cro 11, 1-20; 15, 8; 25, 5; 34, 32; Esd 1, 5, etc.).

Son las tradiciones del libro de Samuel las que intentan dar una explicación de esa unión, explicando así también la preeminencia que alcanzaron Judá y David a pesar de la preferencia nunca retractada por el niño mimado, Benjamín. La explicación se requería porque, de hecho, había benjaminitas que reprochaban a David el haber usurpado el trono que pertenecía a su tribu:

Cuando el rey David llegó a Benjamín salió de allí un hombre del mismo clan que la Casa de Saúl... Tiraba piedras a David... y decía maldiciendo: "Vete, vete, hombre sanguinario y malvado. Yavé te devuelva toda la sangre de la Casa de Saúl, cuyo Reino Usurpaste" (1 Sam 16, 5-8).

Los libros de Samuel explican la preeminencia de Judá, a pesar de la preferencia de Yavé por Benjamín, en la alianza pactada para siempre entre David y el benjaminita Jonatán, hijo de Saúl y heredero del trono; en esta alianza David aparece más bien pasivo, como quien *recibe gratuitamente*, y las hazañas posteriores de David son presentadas como inmediata consecuencia de esta alianza:

Saúl preguntó a David: «¿De quién eres hijo, muchacho?». Y David respondió: «De tu siervo José, de Belén». Cuando acabó de hablar David a Saúl, el alma de Jonatán se pegó al alma de David, y le amó Jonatán como a sí mismo. Le retuvo Saúl aquel día y no le permitió regresar a la casa de su padre. Hizo Jonatán alianza con David, pues le amaba como a sí mismo. Se quitó Jonatán el manto que llevaba y se lo dio a David; también su vestido, su arco y su cinturón. David lograba éxito en todas las campañas que Saúl le encomendaba; Saúl le puso al frente de guerreros, y lo quería todo el pueblo (1 Sam 17, 58; 18, 1-5).

Por esta alianza, Jonatán traspasa explícitamente a David la dignidad real que le correspondía por herencia:

Jonatán, hijo de Saúl, se levantó y fue donde David en Jorsha; le dio ánimos en Dios y le dijo: «No temas, porque la mano de Saúl, mi padre, no te alcanzará: tú reinarás sobre Israel y yo seré tu segundo» (1 Sam 23, 16-17).

Esta alianza no sólo ligaba a David y a Jonatán, sino que habría de prolongarse también en sus descendientes:

[216]

Juró de nuevo Jonatán a David por el amor que le tenía, pues le amaba como a sí mismo... Se abrazaron los dos, y lloraron copiosamente. Dijo Jonatán a David: «Vete en paz, ya que nos hemos jurado en nombre de Yavé: Que Yavé esté entre tú y yo, entre mi descendencia y la tuya para siempre» (1 Sam 20, 17,41-42).

Vemos así que esta alianza es fuente de paz y de seguridad para David, quien, en virtud de esta alianza, favorecerá a la descendencia de Jonatán (2 Sam 9, 1,3); y esto implicará el perdón de cualquier afrenta digna de muerte “a causa del juramento *de Yavé* que había entre ellos” (2 Sam 21, 7).

Por esa misma alianza, Jerusalén, que era una ciudad benjaminita (Jos 18, 28; Jue 1, 21; 1 Cro 8), pudo ser la ciudad de David, y pudieron cohabitar allí benjaminitas y judíos.

Así, el pequeño David heredó la predilección de Yavé por su pequeño Bejamín gracias a su alianza con un benjaminita, heredero legítimo del trono que Yavé concedió a la tribu de Benjamín. De este modo, las tradiciones de “Samuel” explican el acceso al trono de un hombre de Judá y la preeminencia que llegó a alcanzar esta tribu del Sur.